

Relatos que

# ROMPIERON EL SILENCIO



Realizado por:

*Eulalias*

COMUNICADORAS FEMINISTAS CATAMARQUEÑAS

**Relatos que**  
**ROMPIERON**  
**EL SILENCIO**



Chico Tapia, Paula

Relatos que rompieron el silencio / Paula Chico Tapia. - 1a ed. - Río Ceballos :  
Julieta Depiante, 2020.

56 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-86-5424-9

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Educación Sexual Integral. I. Título.  
CDDA863

**Textos basados en  
el ciclo de relatos y música  
organizado por Las Eulalias**

ISBN N° 978-987-86-5424-9

Ilustraciones: Ana Carrizo

 /Anita La Más Bonita

Arte de Tapa y Diseño: AUGE360

## Agradecimientos

A todas las voces que atraviesan este libro. A quienes compartieron sus historias, les agradecemos la valentía de dar testimonio en esta lucha que todavía nos abraza.

A las actrices y músicos que interpretaron los relatos.  
A las personas que se emocionaron en cada velada y al periodismo que, sensibilizado con la invitación, ayudó a difundir cada jornada.

A las compañeras con las que pensamos Eulalias y hoy militan en otros lugares.

A Celia Sarquís, por su generoso aporte en la corrección del libro.



## Prólogo

Que no lo hagamos los días de luna llena.  
Yo la indecente, bombacha floja, gorda fofa.  
Que durante una semana, en ayunas, tomara licor de anís con  
azafrán.  
El silencio era violento.  
Le pagamos y al otro día no fui a la escuela.  
Sentí olor a flores, de esas que aparecen como campos felices en los  
envases.  
Conocía el cerro como mi mano, pero vomité.  
Dejó a sus hijos con su hermana. Les dio un beso y los abrazó. “Ya  
vengo, tengo que hacer una cosita”.  
La agarró del brazo y se la llevó como si fuera un barrilete.

“Los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida, son el renacimiento del pasado, cuando el tiempo vuelve a suceder. Recordar es, sobre todo, un acto creativo. Al redactar la gente crea, redacta, su vida. A veces añaden unas líneas o reescriben. Y al mismo tiempo, el dolor derrite cualquier nota de falsedad, la aniquila”. Esto dice Svetlana Alexievic en *La guerra no tiene rostro de mujer*. Un libro terrible y hermoso. Casi un millón de mujeres combatieron en el Ejército Rojo, contra los nazis. Cuando terminó la guerra, volvieron a sus pueblos, buscaron hombre, tuvieron hijos y los ruiseñores volvieron a cantar. Enterraron sus recuerdos, nadie quería ver lo que habían sido, su pasado era vergonzante, no eran héroes como los soldados ni nadie nunca les preguntó cómo fue su guerra hasta que Alexievich fue y les preguntó, décadas después. Por libros como este y *Voces de Chernobyl* ella ganó el premio Nobel en 2015. Al recibirlo, dijo: “Flaubert se llamaba a sí mismo la pluma humana, yo diría que soy un oído humano”. Eso hace Alexievich: escuchar, escuchar, escuchar a las personas durante horas, rescatar esas historias, la particularidad de cada

una de ellas, la voz, su manera de contar.

Estos Relatos que rompieron el Silencio, tienen eso. La emoción, el asombro de estar contando. En voz alta. Por primera vez.

Las Eulalias se formó cuando en la Argentina se debatía, en voz alta, por primera vez, sobre el aborto en la Argentina.

Cada año medio millón de mujeres abortaban en la clandestinidad y cuando volvían a sus casas, si volvían, enterraban el episodio. Nadie les preguntaba, nadie quería ver lo que habían sido, el terror y la vergüenza se quedaban con ellas. Pero ahora estábamos gritando lo que antes no se podía nombrar. Y entonces brotaron las voces, los recuerdos, las historias, como la sangre en los campos de batalla. Hubo, hay, tantas mujeres renaciendo el pasado que es imposible contarlas. Imaginen. Medio millón por año. Todos estos años. Todavía en la clandestinidad. Pero ahora con voz para contarlo.

Las Eulalias le pusieron oído y plumas a algunas de estas voces. Las de su comunidad.

Las historias que reúne este libro son lo que todavía está pasando.

Las historias que aquí se cuentan, como diría Alexievich, derriten cualquier nota de falsedad. La aniquilan.

Paula Rodríguez  
Periodista y escritora

# Introducción

Esta propuesta editorial es nuestra forma de preservar, en la memoria, aquel 8 de agosto de 2018, cuando un grupo de 38 senadores votaba en contra del proyecto de Interrupción Legal del Embarazo y nos negaba, con su voto, el reclamo de miles de mujeres por “educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar y aborto legal para no morir”.

Esta iniciativa también es nuestra manera de mantener vigente una lucha que todavía no triunfó en el ámbito legislativo, pero que ganó en el entramado social.

Todo comenzó el 2 julio de 2018, a través de WhatsApp cuando, un grupo de mujeres comunicadoras, decidimos unirnos. Nos movilizaba el deseo de producir transformaciones vinculadas con la representación de las mujeres en los medios, la defensa de nuestros derechos y la incorporación de la perspectiva de género en el tratamiento de las noticias.

Nos dimos cuenta que éramos una voz que faltaba. Sentíamos y sabíamos que podíamos aportar, generar cambios desde las palabras y también el arte. Así, repartimos tareas, nos dimos un nombre, una identidad y salimos a la calle para hacer oír nuestra voz como “*Eulalias, Comunicadoras Feministas Catamarqueñas*”.

Desde aquel inicio, no hemos dejado de crecer y apoyarnos mutuamente para sostener este espacio de militancia. Sabemos que no es fácil este camino en el que sumamos y también perdimos. Cosechamos éxitos, pero también nos equivocamos y volvimos a comenzar, como en la vida misma. Somos mujeres que trabajamos -a veces en más de un lugar-, algunas somos madres, otras sostenemos a nuestras familias, estudiamos, nos capacitamos en nuestra profesión o militamos en otros espacios.

Sostenemos nuestra bandera en aquel primer “Pañuelazo”, durante la apertura de la Fiesta Nacional e Internacional del Poncho en 2018. Mantenemos reuniones con diferentes referentes locales, solicitamos audiencias con funcionarios, acercamos posicionamientos a los legisladores y legisladoras, apoyamos cada ley que incorporó perspectiva de género, como la de Educación sexual Integral, o la de

Micaela García. Acompañamos la realización de conversatorios, promovemos distintas capacitaciones, integramos la asamblea “Ni Una Menos”; fijamos posición sobre distintos temas y acompañamos actividades, de otras organizaciones, con las que compartimos inquietudes similares.

## Las veladas

Al calor de aquella lucha, desde el colectivo *Eulalias, Comunicadoras Feministas*, comprendimos que existían diferentes formas de visibilizar nuestras luchas. Es así que nos propusimos hacer oír las voces, de tantas historias de mujeres de Catamarca, que habían atravesado situaciones dolorosas.

Por eso, convocamos a quienes quisieran contarnos sus historias para que la sociedad catamarqueña conociera, aún más, el sentido de nuestra lucha. Historias a las que fuimos dándoles forma escrita, para que pudieran ser interpretadas, en veladas de encuentros y sanación, por María Pesacq, Silvia Pérez, Blanca Gaete, Gabriela Borgna, Sol Casullo, Amaicha Gonzalez, María Eugenia Maldonado, Noelia Quinteros, Idangel Betancourt y Verónica Pereyra. Las interpretaciones estuvieron acompañadas por el talento de María Paula Godoy, Juan Martín Angera, Lucía Bulacios, Luis Caballero y Juan Pablo Caballero. La puesta en escena también fue posible gracias al compromiso de Imagen Bar y Chacana Hostel.

Fueron tres veladas, de una intensidad inmensa. Los relatos fueron cobrando forma en la voz y el cuerpo, de otras mujeres, que le pusieron su propia humanidad para ser el medio; para que las historias no murieran en una herida, si no que pudieran ser palabra que, además de decir, lucha y sana. Palabra que grita y revoluciona.

El pedido de legalización del aborto fue la chispa que avivó la llama, y hoy, sigue ardiendo hermanada, en la disputa por todas las formas de autonomía del cuerpo de la mujer.

Lo que sigue en estas páginas, son historias reales, escritas en Catamarca por un grupo de mujeres que fuimos, sólo medio, para la voz de otras. Historias que podrían pertenecer a mujeres de cualquier parte del mundo, en donde el aborto no sea legal, seguro y gratuito.

Textos interpretados en el ciclo de relatos y música, organizado por  
“Las Eulalias”.

-Año 2018-



## **Dana**

¿Te acordás de aquella vez que me preguntaste por qué abracé tan fuerte a tu prima Dana y llorábamos las dos?

La historia de Dana es triste desde que estaba en la panza. Tu tía quedó embarazada de ella cuando tenía 24 años. En ese momento había perdido su trabajo y vivía en la casa de tus abuelos.

Hacía muy poquito que se había separado de su novio. Ella lo quería mucho, pero él a ella, no.

Había tenido una aventura casual con otro chico que le presentaron, y ahí se embarazó. No quería tenerlo: tenía terror a lo que tu abuelo pudiera hacerle, pero tampoco tenía plata para abortar.

Desde que me lo contó, la escuché llorar noche tras noche al lado de mi cama. Buscó a sus amigas y ninguna sabía ni siquiera dónde podía hacerlo. Un día, tu abuelo la escuchó hablando conmigo y así supo.

Recuerdo que su cara se desfiguraba cada vez que nos pegaba. La agarró de los pelos y le gritó “puta”. Le pegó una trompada, la ridiculizó ante toda la familia y la sentenció: “Ahora lo vas a tener, puta de mierda, a ver si así sentás cabeza”.

Yo miraba desde la puerta de la pieza, inmovilizada. Tus tíos varones se plegaron a la violencia. Envalentonados, le escupieron “puta” varias veces más, y se lamentaron por lo que podrían pensar sus amigos varones. Tu tía lloraba, le sangraba la boca. Yo no podía hacer nada.

Desde ese día, la encerró. No la dejaba ir ni al almacén a comprarle puchos, como siempre la mandaba. Ella intentó hacerse a la idea de ser madre, pero no podía. Su rechazo fue peor desde ese día.

Como tu abuelo nos hacía trabajar en la casa, ella me pedía que levantáramos cosas pesadas con la idea de perder el embarazo. Su panza crecía y yo no sabía qué hacer. Tu abuelo la trataba como a un trapo de piso. Le pegó varias veces más porque tu tía se negaba a decirle quién era el padre. Eso servía solamente para que la palabra puta le saliera de una forma más perversa de su boca. Parecía que lo gozaba. Hasta el día de hoy puedo escucharlo repetirla y lloro.

Tenía casi cinco meses cuando, de tanto levantar cosas pesadas, se le fisuró la bolsa. La pérdida de líquido fue evidente y tu abuelo no tuvo más que llevarla al médico. Ese día quedó internada. Tu prima fue sacada 15 días después y los médicos dijeron que era un “aborto tardío”. Pesó 750 gramos. Estuvo cuatro meses en incubadora hasta que pudimos llevarla a casa. La llevé yo. La tenía apretadita a mí y vigilaba que respirara. Tu tía la miraba. Lloraba. Sé que se sentía culpable, sé que le dolía infinitamente todo lo que pasó, y no era capaz de acercarse.

Tu abuelo utilizó su culpa y la agigantó. Todos los días se encargaba de decirle que era una pésima madre, aunque yo veía que se esforzaba en coserle sabanitas o tejer y hacerle la leche, porque por el paso de los meses, no le podía dar la teta. Le repetía que era una “prostituta calentona” que sólo quería irse con machos por ahí. La acusaba de todas las aberraciones que podés imaginar. Mientras, tu prima crecía y escuchaba.

Un día, tu tía entendió que mientras estuviera en esa casa nunca podría ocupar un rol de madre.

Se fue.

Dana tenía tres años y quedó llorando tras la puerta. Aún la veo con sus rulitos de bebé y sus ojos grandes enrojecidos. Cuando consiguió trabajo, volvió por ella. Tu abuelo la denunció y obtuvo la tenencia. La crió diciéndole lo nada que la quería su madre, resaltándole que su

mamá era una prostituta que la abandonó. Que había nacido gracias él, porque ella la quería abortar.

Nunca le pegó, al menos con los puños.

Dana creció. Cuando tenía 12 años, quiso conocer a su padre. Tu tía, que la iba a ver y sólo podía llegar hasta la puerta de la casa, le dijo quién era. Su padre la aceptó, después de hacerle un ADN.

Sin embargo, con el paso del tiempo nos dimos cuenta de que la despreciaba. Dana tenía problemas afectivos y no medía cuestiones como la ironía, sarcasmos, maldades. Te daba todo. Te abrazaba como si fuera una niña de tres años pidiendo por su mamá. Cuando tuvo dieciocho quedó embarazada. No tenía idea de lo que era cuidarse, porque tampoco podía quererse. No tenía amigas. Vivió el bullying en la escuela por su exceso de afecto y su necesidad de abrazos que no controlaba.

Ella sí quería a ese bebé. Lo quería y lo decía. Lo necesitaba para darle amor, para tomarlo entre sus brazos y sentir un afecto verdadero. Su padre se la llevó una tarde. Cuando la trajo, Dana tenía una expresión de infinita tristeza. “Me dijo que tenía que abortar, que yo era muy chica y muy tonta para ser madre. Tiene razón”.

Cuando la abracé aquella tarde, años después, me acababa de contar que un médico le había hecho unos estudios y le dijo que por ese aborto clandestino que tuvo ya no podría tener hijos.

Dos vidas.

Dos hombres sentenciando.

Dos mujeres que no pudieron decidir.

## Cecilia

Cecilia tenía 20 años. Sus padres la habían enviado desde Catamarca a estudiar psicología en Córdoba. Estaba de novia hacía varios meses con un estudiante de música. Todo era convencional, tranquilo, aunque sus padres no lo conocían por la distancia.

Era la primera semana de julio y faltaba muy poco para que llegaran las vacaciones de invierno cuando se enteró de que estaba embarazada.

Lloró en mis brazos cuando llegó a Catamarca. No quería, no podía, no sabía. Su familia la iba a despreciar y ella no iba a poder soportarlo. Su dolor era profundo. Su embarazo no llegaba a los dos meses. Ninguna de las dos tenía plata, tampoco sabíamos por dónde comenzar a preguntar. La verdad, es que no recuerdo cómo, pero de pronto teníamos una dirección.

Era el consultorio de un médico. El recuerdo aún es vívido: No había secretaria, el edificio tenía la forma de una L. Solo pocas sillas y una mesa ratona con revistas resaltaban contra las paredes pintadas de marrón claro.

Al llegar, vimos que había dos chicas antes que nosotras. Después llegaron dos más. Todas jóvenes, y se acompañaban como yo a Cecilia. No estábamos seguras de que fuera el lugar. Supusimos, pero ninguna se animó a preguntar. Al consultorio entramos las dos.

El médico ni saludó, sólo la hizo recostarse en la camilla. Tras tocarle el vientre y hacer varios gestos le extendió un papel con otra dirección:

-Andá el martes a las nueve, tenés que pagarme ahora, son 350 pesos-

Ninguna se animó a refutar. Tampoco preguntamos, teníamos miedo y mil dudas, pero callamos mientras Cecilia metía la mano en su mochila y sacaba el dinero.

-No vayas sola-. Le recomendó cuando nos íbamos.

El martes llegó dos días después. También la acompañé. Era en un edificio céntrico. Cecilia tenía miedo, me lo decían sus ojos. Habíamos bromeado un poco con respecto a que el lugar no existía y que el médico se había quedado con la plata, tal vez, porque ninguna aceptaba que todo ese proceso fuera real.

El primero “C” tenía puerta con mirilla. Una mujer vestida de enfermera nos recibió. Cuando entramos vimos una sala de estar repleta. No alcanzamos a contar, estábamos sorprendidas, pero seguro eran más de diez mujeres, algunas con sus novios, otras con amigas, otras con sus madres.

El dolor, la confusión y el miedo se respiraban junto con el desodorante de ambiente. Sentí olor a flores, de esas que aparecen como campos felices en los envases.

Había dos puertas. Por la de la izquierda salía la enfermera que, cada veinte o treinta minutos, buscaba a la “paciente” y la llamaba con la mano. No había nombres. Nunca preguntaron. Al parecer su habilidad era recordar rostros, tal vez miradas, intuición. No lo sé, pero su forma no me gustaba, parecía una sentencia.

Pese a que hacía mucho frío, el departamento tenía una de sus ventanas abiertas y ninguno se quejaba. Ahí nos colocábamos los acompañantes que esperábamos para poder fumar. Nadie hablaba. A veces las miradas se cruzaban, pero para bajarlas inmediatamente y ver las baldosas o la puerta de la derecha que parecía que nunca se abría.

Cecilia ya había entrado. Yo contaba los minutos. El departamento se fue vaciando, pero no recuerdo en qué momento, porque el tiempo de

espera fue el más largo de mi vida. Cuando casi quedé sola me aterricé, el olor a flores me ahogaba.

Había llegado a ver sangre cuando la puerta de la izquierda se abrió. Comencé a invocar los ojos de mi amiga. El recuerdo de su mirada de horror cuando la llamaron hacía que mi corazón latiera más fuerte. Quería tomar su mano y estar ahí adentro, llevármela y decirle que todo iba a estar bien, pero ni yo misma lo creía. El silencio era violento. Todo en ese lugar juzgaba.

El final llegó. Cecilia por fin salió, pero caminaba muy lento. Me contó que la acostaron en una colchoneta de muchas más que había ahí adentro esperando que despierte y que el efecto de la anestesia aún no se le pasaba. Tenía expresión de alivio, pero también de mucha tristeza. Así fuimos hasta la casa de mi hermana que la recibió y nos contuvo hasta la noche para que ella pudiera recuperarse mejor.

Cecilia lloró muchas horas. Su angustia duró días, años quizás. Hace muy poco me contó que se sentía movilizada y que recordaba una y otra vez aquella mañana. Dijo que prefería no ver las redes, que no podía militar la legalización del aborto, no porque estuviera en contra, sino porque se sentía observada, juzgada, pero que no se arrepentía. “Fue lo único que pude hacer en ese momento, vos lo sabes”, me dijo, como pidiendo disculpas. Claro que lo entendí.

De vez en cuando, me enternezco cuando veo que me pone un corazón verde en algunas de mis publicaciones a favor de la legalización del aborto. Sé que es una de aquellas tantas mujeres que cada año se someten a la clandestinidad y que en estos 23 años que pasaron sumaron miles. No te preocupes Cecilia, mi mano siempre estará tendida para vos.

Mi voz, hoy es la tuya.  
Que sea Ley.

## **Andrea**

Andrea fue mi primera novia. La conocí a los 18 años. Ella era un año menor que yo. Estuvimos de novios casi tres años. No me acuerdo el motivo pero un día decidimos separarnos. A la semana, me llamó porque quería hablar conmigo. Nos vimos y me dijo que estaba embarazada. La noticia me dejó helado.

Siempre nos cuidábamos. Yo usaba preservativos, no por iniciativa mía sino porque ella me lo pedía, a pesar de que usaba un DIU. Me dijo que había decidido no continuar con el embarazo, pero sentía que debía avisarme. Andrea tenía 20 años y no quería ser madre. Yo no quería ser padre. Éramos muy jóvenes y ambos (ella antes y mejor que yo), entendíamos que era una irresponsabilidad traer un hijo al mundo.

No quiso contárselo a sus padres, así que le pidió prestado dinero a una tía para pagar el aborto. La acompañé a la clínica donde se lo practicaron.

Cuando salimos de la clínica, la acompañé a la casa de su mejor amiga. Ahí nos quedamos unos días. Andrea estaba conmocionada, pero segura de su decisión. A los pocos días, empezó a recuperarse anímicamente.

Quince días después de realizarse el aborto, Andrea se hizo un examen de rutina y le descubrieron que tenía cáncer de útero. Un cáncer terminal. La ginecóloga nos dijo que el aborto se habría tenido que practicar de todas maneras porque dado lo avanzado y agresivo de la enfermedad habría sido imposible continuar con el embarazo. A los seis meses de practicarse el aborto, Andrea murió.

Hace un rato, una de esas personas que juzgan al prójimo desde su moral me hizo recordar a Andrea, me hizo recordar su embarazo no deseado,

su aborto, su enfermedad y su muerte. También me hizo recordar su valentía, su madurez y su honestidad para decidir libremente sobre su cuerpo.

Nadie debe arrogarse el derecho a decidir sobre el cuerpo de las mujeres.

Aborto legal, seguro y gratuito



## **Es tu culpa**

“Vos me provocás con esa colita dura, no le digas a nadie. Te van a tirar a la basura y nadie te va a querer.” Es lo que me decía al oído, mientras me frotaba con su miembro, aquel anciano al que llamaba abuelo. Eso ocurría casi a diario frente a toda la familia sin que nadie se percatara de que yo, con apenas cuatro años, estaba siendo abusada. Fue sólo el comienzo, cuando me desgarraron el alma por primera vez y aprendí a callar y sentir culpa.

Pasó el tiempo, ya vivía en otro pueblo, y pensé que lo único que me quedaba de aquello eran las pesadillas y orinarme en la cama.

Tenía seis años. Era la primera clase de folclore y el profesor me tocó por debajo de la pollera. Me dijo que era mi culpa porque no tenía soltura en el cuerpo. Por suerte, mis padres escucharon mis ruegos y no me obligaron a volver, bajo la promesa de tener las mejores notas en la escuela.

Otra vez el alma desgarrada y el silencio.

Seguí creciendo y con el paso del tiempo traté de convencerme de que los abusos sexuales de mi infancia no afectarían mi vida.

Hacía tres meses que había cumplido mis veinte años, cuando el test de embarazo me dio positivo. Mi novio lo único que dijo fue: “Pensé que te cuidabas”. Y sí, claro; era también mi responsabilidad. Mi culpa. (Que él no supiera colocarse el preservativo era un detalle menor).

Al enterarme de que estaba embarazada, me sentí morir. No tuve las fuerzas ni las ganas de ser madre.

Con la ayuda de una amiga, logré juntar el dinero para la operación. Me la haría un médico en Tucumán. Durante el viaje, mientras iba en el

colectivo pensaba: ¿Se notará que voy a hacerme un aborto? Me sentía una delincuente.

Otra vez el alma desgarrada, el silencio y la culpa.

Llegué en remis al lugar que estaba ubicado en pleno centro de la ciudad. Luego supe que la remisería, el consultorio y otros negocios, pertenecían a los mismos dueños y que también trabajaban bajo el amparo del poder político.

Ingresé aferrada a la mano de mi amiga. La sala de espera era pulcra. Éramos cuatro y no podíamos mirarnos a los ojos. La secretaria nos anotaba con nombre de pila y nos cobraba. Con la más absoluta normalidad, nos daba la medicación para después y la receta para comprar en caso de tener alguna complicación. Esa naturalidad me tranquilizó. Me dio seguridad.

Cuando me ataron a la camilla, me hicieron abrir las piernas y no podía parar de llorar. Estaba aterrorizada. Me pusieron anestesia total y me cobraron un extra: “Es lo mejor para no sufrir”, dijeron.

Cuando volví en mí, estaba en un sillón contiguo a la sala de espera. Ahí también estaba otra de las chicas, con la mirada perdida. Ya nos habían operado. Cuando salí de ahí, sentí que mi alma se quedaba. Era un ente vacío: un dolor que respiraba.

Pasaron veinte años de aquel viaje y la angustia aún me acompaña. Tuve momentos en que me pregunté si fue lo correcto, otros en los que me perdoné y sané.

Las mujeres que, como yo, llevamos un embarazo no deseado y abortamos, las que fuimos abusadas sexualmente, las que perdimos el alma, nos vaciamos, nos culpamos. No debemos seguir callando ni seguir condenadas a la clandestinidad.

Soy una sobreviviente de la hipocresía.

## **Marlé**

Ella estaba segura de que era amor, no podía ser de otra manera. Él había sido tan amoroso, tan gentil, tan protector. Marlé no había sentido nunca tanta ternura. Ignacio parecía ser ese príncipe que había estado esperando, el que tantas veces había soñado en las charlas con sus amigas. No lo dudó.

“Nacho” había pensado en todos los detalles para la conquista, una rica cena preparada por él, un buen vino catamarqueño, la luz de una pequeña vela que proyectaba las sombras en la pared blanca del departamento, los temas de Alejandro Sanz que a ella tanto le gustaban.

Sentados frente a frente, charlaban como si se conocieran desde siempre. No dudó: lo había encontrado, el pasado sólo había sido un camino para llegar hasta allí.

Era amor, no había dudas. Le habían dicho que las mariposas en la panza no fallaban: dichosa aquella mujer que las sentía, y Marlé las sentía por primera vez, a los 26 años, y con Nacho, cuatro años menor que ella.

Estaban en etapas distintas de la vida: él, un estudiante universitario. Ella, una profesional que recién comenzaba su vida laboral, con un montón de sueños por cumplir.

Las diferencias no importaron en ese momento. En algún momento, tal vez por esas cosquillas que produce el vino, terminaron en la cama de la habitación.

Menos importaron las diferencias cuando ella cedió a esa mano grande que levantó la pollerita lila de gasa y delicadamente le quitó las medias finas, y no se resistió a los besos que intentaban atrapar las mariposas en la panza.

Esa noche de pasión terminó con las lágrimas de ella, que no pudo explicarle a Nacho por qué lloraba. Tal vez era desborde de emoción contenida, felicidad, o culpa por no cumplir con el mandato de la mamá, que le había dicho que los hombres no tomaban en serio a las que se entregaban en la primera noche. Sentía miedo de perderlo y a la vez placer por lo que había sentido.

Tras esa primera noche de amor, los encuentros siguieron y, a las cuatro semanas, corroboró la noticia que ella nunca hubiera querido recibir. El test confirmaba que estaba embarazada, no podía creerlo. “Seguro es una falla del test”, se dijo. Era la primera vez que compraba uno y, a escondidas, leyó las instrucciones. Algo podría haber fallado.

El análisis tradicional de sangre confirmó también el alto porcentaje de la hormona del embarazo. No había dudas. Entonces el mundo se le venía abajo mientras se derrumbaba el sueño del príncipe.

Cuando llegó el momento de hablar en serio, Nacho dijo que no estaba preparado para esa noticia. Ella sentía lo mismo, no quería ser madre, recién comenzaba a vivir su independencia, y lo peor, justo cuando su padre atravesaba por una enfermedad que lo mantenía internado en otra provincia.

Juntos fueron a una ginecóloga.

“¿Qué se puede hacer?”, preguntó Marlé, con la esperanza de que no fuera cierto y sin pronunciar la palabra aborto. La ginecóloga, Marcela, de vasta experiencia, respondió a secas:

-Nada, ya está hecho. No puedo ayudarlos, sé que hay médicos que lo hacen, pero yo no estoy de acuerdo. No voy a recomendarles a nadie, porque corrés riesgo- dijo, y lanzó una mirada escrutadora.

Marlé sólo atinó a preguntar nuevamente quién podría hacerlo.

-Todos en Catamarca saben.

La médica los despidió del consultorio, los acompañó a la puerta y les deseó suerte.

Marlé y Nacho caminaron en silencio, parecía que el destino los había marcado.

De regreso al departamento, tuvieron esa charla que se había postergado. Los unió un fuerte abrazo y un sentimiento de resignación. No era el momento, no había sido planificado. Estaban solos y nadie debía enterarse, no sabían a quién recurrir ni en quién confiar.

-No me animo, dijo Marlé frente a la posibilidad del aborto.

Nacho la abrazó fuerte, la contuvo y confesó que él tampoco quería atravesar esa situación. Lloraron juntos, pero no era aquella emoción que se siente por la llegada de un primer hijo, sino por lo que debían aceptar, porque ya no era la noche soñada de la primera cena en la que hablaron de sueños y proyectos sino por lo que debían resignar.

Era viernes. La angustia y la opresión en el corazón convirtió aquella noche en una pesadilla. La realidad golpeó a Marlé: esto significaba compartir una vida con alguien que apenas había conocido hacía cinco semanas. Era jugar la carta del destino, y que caiga como sea.

El sábado Marlé se despertó un poco asustada. Él estaba a su lado, todavía. Se sintió rara, con cierto dolor interno en el vientre, fue de inmediato al baño y allí comprobó que tenía un aborto espontáneo.

Primero fue susto por lo que no conocía, pero también tranquilidad, veía en el inodoro que había expulsado su angustia, eso no era un bebé.

Marlé llamó a su amiga Anita, la que más sabía de estos problemas femeninos, y ella le confirmó que lo había desalojado de su cuerpo.

La historia con Nacho siguió por cuatro bonitos años. Con el tiempo, Marlé comprobó que realmente había sido amor y que tal vez ella amó más que él, pero también fue aprendizaje.

## Laura

El debate por la legalización del aborto me remontó veinte años atrás y me recordó a Laura.

En aquella época, hablar de aborto era un tabú. Pero pasaba. Y como ahora, no les sucedía sólo a las 'chicas pobres'; también pasaba en las “mejores familias”.

Allá por 1998, yo tenía 20 años. Con muchísimo esfuerzo por parte de mis padres, pude viajar a Córdoba a estudiar. Además de ir a la universidad, también trabajaba. Estaba de novio con Laura. Llevábamos un tiempo saliendo y como ella ya había terminado el secundario, también fue a estudiar a la misma provincia que yo. Recién empezaba su carrera.

Laura era una chica de “buena familia”, acomodada, muy distinta a la mía. Mis viejos eran laburantes. En casa no sobraba nada, pero nada nos faltaba.

La relación con Laura marchaba bien, y poco antes de las vacaciones de invierno de ese año, ella me contó que estaba embarazada. Yo estaba feliz con la noticia. Llamé por teléfono a mis viejos para contárselo y ellos quedaron chochos. Habíamos hecho planes. Como yo trabajaba nos podíamos acomodar. Mis hermanos también me prometieron colaborarnos. Nada podía salir mal.

Volvimos a Catamarca para visitar a nuestros papás durante las vacaciones de julio. En casa, todo era alegría. Llamé a Laura un viernes pero nadie atendía el teléfono en su casa. Eran otros tiempos, no como ahora que con un mensajito por whatsApp está todo resuelto. Insistí varias veces pero nadie me atendía. Empecé a preocuparme. Al día siguiente, sábado, volví a llamar. Laura me atendió, su voz sonaba distinta, como apagada. Esa tarde fui a verla a su casa.

Cuando llegué, la noté distinta. Me hizo pasar al living. Me confesó que se había hecho un aborto, que su mamá la llevó a un sanatorio privado, que la internaron al mediodía y a la noche le dieron el alta; que ella no lo decidió, que lo decidió su mamá. No podía creer lo que estaba escuchando. Tampoco podía creer lo que Laura había hecho. Ella estaba sentada, con la mirada perdida.

En ese momento quería romper todo, mandar a todos a la mierda. No me importaba nada.

Apareció la mamá de Laura. Me exigía que me calmara y me amenazaba con llamar a la policía.

-¡Llame a la policía y que se enteren de lo que le obligó a hacer a su propia hija!-, le grité con todo el odio que sentía.

La vieja se asustó y me pidió que me calmara, dijo que era una vergüenza lo que estaba sucediendo. Yo no me calmaba. Caminaba de un lado para el otro agarrándome la cabeza.

-¡Tenés que entender que era lo mejor para mi hija! Yo la llevé para que le sacaran esa cosa. Yo pagué. No quería que un hijo le hipotecara la vida. Ella no puede elegir... ¡Qué puede entender si hizo, lo que hizo con vos! Sólo me demostró que es una irresponsable... Algún día me lo va a agradecer. Ahora va a poder estudiar, tener una carrera, una vida digna. ¿Qué vida puede llegar a tener con vos y con una criatura a cuestas? No me vas a decir vos lo que yo creo que es mejor para mi hija. Yo decido por ella-. Con esas palabras se justificó.

A Laura no la volví a ver. No quise saber más de su vida.

Laura no eligió, pero le fue bien... digo, no murió. Pagó o le pagaron para que la atiendan apropiadamente. Otras no tienen esa suerte. Pierden el útero o se mueren.



## **Anís y azafrán**

Recuerdo la fecha porque faltaba poco para el cumpleaños de mi mamá. Había “perdido” mi virginidad un mes antes con el primer hombre del que me sentí enamorada. Era regular, y mi periodo no llegaba. Me hice el test y dio positivo.

Estaba muy asustada. Sabía que tenía que contarle a mi madre, pero no me animaba. Pasaron los días hasta que por fin pude hacerlo.

Ella trabajaba de administrativa en un centro sanitario. Habló con una compañera que era enfermera, quien le dio una pastilla y le dijo que debía colocármela en la vagina y que durante una semana, en ayunas, tomara licor de anís con azafrán.

Los días posteriores sentí que me moría: asco, dolor, náuseas, vómitos, más la angustia de saber que mi novio no respondía a mis llamados (nunca más respondió).

El vientre no dejaba de dolerme. Mi mamá, sin saber cómo ayudarme, volvió hablar con su compañera, quien la guió y le pasó la dirección de una casa en el barrio 500 Viviendas. Ahí me llevó apenas salió del trabajo.

La casa estaba pintada de blanco, tenía tejas y una enredadera que trepaba por las ventanas. Nos atendió una mujer que no tendría más de 50 años. Pasamos hasta una habitación que estaba oscura. Recuerdo que me dormí, tal vez por algo que ella me dio. Cuando desperté, la cabeza me dolía.

Tuve que volver, semana tras semana, a la misma vivienda durante casi tres meses, para abonarle en cuotas de \$50 pesos el “trabajo”.

Hoy soy madre de dos hijos y apoyo la legalización del aborto porque sé que aquella vez pude haber muerto.

## **Yo, la peor de todas**

Yo, la peor de todas, la calentona de los fines de semana, la de pollera corta y las copas vaciadas. Yo, la indecente, bombacha floja, gorda fofa.

Yo, la peor de todas.

Mi decisión de interrumpir un embarazo, que no fue planeado, estuvo acompañada por mi madre, mi padre, mi compañero de caminos y una red de mujeres atentas en cada momento.

Tomar esta decisión no fue fácil; marcadas por el dolor, criadas en la culpa, no podemos sentir más que la responsabilidad de que la ropa esté limpia y pura. Desterradas de la historia de héroes y salvadores, asignadas como mano de la esclavitud, obligadas a parir, empujadas al exilio.

No veía otra alternativa que continuar con la gestación, pues al pensar en la interrupción, devenían imágenes, frases y sensaciones como escenas de una película: el pastor desde el altar diciendo que la iglesia consideraba la vida desde su concepción. Mi abuela diciendo que mi madre se hacía pisar como gallina y que por eso quedó “preñada” y dejó la universidad. La televisión recomendando productos para bebés para ser una gran mujer y mamá. Las señoras en la sala de espera del hospital hablando de que, cuando una tiene hijos, la propia vida no existe, sino para ellos. La voz de mi madre contándome todos los malabares que hizo para criarme.

Recuerdo que antes de hacerlo el cuerpo se me aflojaba y hacía brotar el llanto. Tantos esos mandatos me paralizaban.

Gracias a la vida, a la lucha y resistencia de tantas mujeres, hoy puedo contarles que aborté y no morí en la clandestinidad, como sucede con miles de mujeres que no acceden a la información y no cuentan con los recursos. Puedo contarles que, pese a todos los mandatos, seguimos dando batalla.

## **A los 16**

Ahora tengo 42, pero en ese momento sólo 16. Iba a la escuela, tenía varias amigas y los fines de semana hacía unos pesos trabajando en un local de ropa en el centro. Vivía en Andalgalá y estaba de novia hacía tres años con un chico cinco años mayor. Él también trabajaba y consiguió toda la plata.

Con mis amigas nunca hablábamos de sexo, no podíamos decir que nos calentaban los chabones, era algo oculto y feo. En mi casa, había unos libros que podía revisar a escondidas porque, cuando mi mamá hablaba del tema, siempre amenazaba: “Más vale que no se queden embarazadas”, nos decía a mis hermanas y a mí sin ninguna otra información, sin charla, sin nada.

Hacía seis meses de mi “primera vez”. Nos cuidábamos con preservativos, pero siempre era complicado. Era un tema ponerlo justo en ese momento y a veces todo pasaba muy rápido.

Nos gustaba estar juntos, nos excitábamos, nos tocábamos. Nos queríamos mucho, hablamos de casi todo y, cuando supe del retraso, pude hablar con él sin problemas.

Recuerdo que su hermana nos ayudó, yo hice el test, y ella, todas las averiguaciones. Mis viejos nunca se enteraron, o al menos eso creo.

Mi novio me preguntó qué quería hacer y no sé por qué, no lo dudé. Estuvimos juntos todo el tiempo, menos el día de la intervención. Era una clínica que quedaba cerca de la plaza. Fui dos veces; en la primera consulta, la médica me revisó y me dijo: “ Sí estás. Vení mañana a la tarde”. Le pagamos y al otro día no fui a la escuela.

No entré al mismo consultorio. Ésta era una sala horrible. Había solo una silla con estribos, sin ventanas, sin luz, sin nada. La médica estaba acompañada por una enfermera. Me dijeron que me saque el pantalón y la bombacha y sólo me quede con las medias y una polera puestas.

Ellas no decían nada y yo tampoco preguntaba. Me pusieron un suero que me dio sueño, pero siempre estuve despierta. Debo haber tenido miedo, porque la enfermera me miraba con cara de lástima. La doctora puso un espéculo y me abrió hasta el alma.

Recuerdo que llamó a la enfermera y le dijo “Vení, mira”, ella se acercó y miró. Después puso anestesia local pero igual empezó a doler.

Salí mucha sangre y un olor horrible. No sé cuánto demoró, sólo era consciente de que mi sangre caía en un tacho inmundo que no quise ni mirar. Cuando terminó, me puso antibióticos inyectables y algodón.

Estuve un rato sola, muy quieta, y después me fui.

A las cinco de la tarde ya estaba en casa. Mi novio me esperó afuera de la clínica. Me acompañó hasta la esquina para que nadie se diera cuenta. No sé si hablamos, no sé si le conté, creo que ya no me dolía.

Crucé muchas veces a esa médica. Vi siempre chicas cerca de ese lugar. Hoy recuerdo cada detalle y se me eriza la piel. No imagino mi historia de otra manera, tuve hijos cerca de los treinta, cuando mi vida era otra.



## **Acá no pasó nada**

Ella tenía 16, él 18. Él fue para ella su primer novio, su primer gran amor, el primer hombre en su vida. Una mañana, mientras estaba en la escuela, se descompuso, pero no le dio importancia. No había desayunado y pensó que ése era el motivo del mareo. Pasados dos días, volvió a descomponerse.

Una amiga la acompañó hasta el baño. Mientras ella estaba dentro del sanitario, su amiga, desde el lado de afuera, apoyaba su oído en la puerta: “¿No estarás embarazada?, porque vos con él ya...?”, le dijo sin terminar la frase.

Ella posó sus ojos en el techo, pensativa.

Cuando su mamá se enteró de que ella andaba de novia, sólo atinó a decirle “cuidate”, pero no le explicó “cómo” podía cuidarse. Él se cuidaba; tenía un poco más de experiencia que ella aunque tampoco era tanta. “No tengo Sida, no te voy a contagiar de nada”, le dijo una vez.

Ella se quedó preocupada. Siempre fue irregular con sus períodos. Podía venirle en cuatro semanas o en dos meses. “Tampoco lo hicimos muchas veces”, se dijo a sí misma como para transmitirse tranquilidad.

Volvió a sentirse mal en la escuela. Su amiga le contó a una preceptora, que era muy compinche con todas las chicas, que ella no se sentía bien, que se había descompuesto en otras oportunidades y que estaba de novia. La preceptora intuía cuál era el final del cuento; lo había escuchado varias veces. Al día siguiente, entró al curso de ella; le pidió permiso al profesor para sacarla del aula. “Es para una consulta, profe. Ya la traigo de vuelta”, se excusó.

La llevó al baño y le dio un paquetito que estaba dentro de una bolsa de farmacia. “Entrás, hacés pis ahí y vemos”, le indicó. Ella la miró asustada. Sin decirle nada, siguió las indicaciones de la preceptora.

“¿Cómo vas con eso?”, le preguntó. “Y... Es un poco difícil”, le dijo ella, con un tonito de vergüenza.

Salió del año baño a los pocos minutos. Ella estaba pálida, con el 'palito' del test de embarazo en la mano. La preceptora entendió todo. La abrazó y le dijo que no tuviera miedo. La alentó a que se lo contara a su mamá. Le dijo que, cuanto más rápido se lo contara, iba a ser mejor porque tenía que ir al médico, hacerse controles y saber cuándo iba a nacer el bebé.

Ella tardó unos días en decírselo a su mamá. No encontraba el momento, ni las palabras, ni el valor para hacerlo. La situación en su casa no era la mejor. Su mamá estaba en pareja con un hombre –su padrastro– que se las rebuscaba para mantenerlas a ellas y a los hermanitos que su mamá había tenido con él. Una noche se animó y se lo dijo, mientras hervía agua para los fideos que iba a servir en la cena. La mujer se indignó y casi se le cayó de las manos la olla. Sus ojos se aguaron. “¡No esperaba eso de vos!”, expresó con un hilito de voz.

Su mamá lo habló con su pareja, quien mantenía la casa. “No sé... busquen la manera de solucionarlo. Que se vaya a vivir con el que le hizo esto. No sé. Fíjense”, fue lo único que dijo, pasando toda la responsabilidad a su compañera de vida. La mamá ni quiso hablar 'con el que le hizo eso', el novio de su hija.

La mujer pidió ayuda a su papá, al abuelo paterno de ella; la plata era para pagarle a una señora. “Me dijeron que sale \$500 y que es muy buena, que no le va a pasar nada”, le comentó. El abuelo ni intentó poner las manos en el bolsillo. “Dejá que lo tenga; que se haga responsable”, le aconsejó.

Aún no sé cómo, pero consiguió los \$500 para pagar los servicios de “la señora”. Nunca supo cómo se enteró su madre de cómo o dónde encontrarla, ni quién la recomendó.

“Vení, vamos”, le dijo a ella, un sábado por la mañana. No le dijo dónde iban ni para qué. Entraron a una casita, de esas de barrio. La señora tomaba mate; las estaba esperando.

-Hola, pasen. Vos debés ser la chica-.

La mamá le dijo en voz baja, a su hija: “Andá con la señora”. Lo reforzó con su mirada. La señora y ella entraron a una habitación. Vio que sacó 'algo de un ropero'. Su mamá esperaba en la cocina, donde la señora las había estado esperando mientras tomaba mate.

Pasaron unos minutos. La señora y ella salieron de la habitación. Ella tenía la mirada perdida contra el piso; apenas caminaba. Tal vez sentía vergüenza, dolor, miedo... jamás lo dijo. “Que tome un ibuprofeno o un calmante si le duele. Preste atención por si tiene fiebre”, fue su recomendación.

La madre la agarró del brazo y casi se la llevó como si fuera un barrilete.

Volvieron a la casa y, de lo que pasó, jamás se habló. No pasó nada.

## Anita

Anita y Alejo eran novios; jóvenes los dos y estudiantes universitarios. Anita vivía en una casa de barrio, con sus papás y sus cinco hermanas. Ella era la del medio y recién empezaba su carrera. Alejo era un estudiante avanzado en Administración de Empresas; vivía con su hermano y sus padres, en una casa del centro. Por sus buenas notas, le ofrecieron trabajo en una empresa importante, con la promesa de ascender si terminaba pronto su carrera.

Una tarde, Anita llegó a la casa de Alejo. Estaba asustada. En su casa no había nadie; sus padres habían ido a rezar el rosario, y su hermano estaba en la facultad.

Le contó que estaba embarazada. Alejo la abrazó y saltó de alegría. “¡Qué linda noticia, mi amor! Me hace muy feliz saberlo”, le dijo. Anita se sintió aliviada y acompañada. A los pocos días, Anita se realizó una ecografía y Alejo la acompañó. Le preguntaron todo acerca del bebé, cómo estaba, si venía bien, cuándo iba a nacer.

Alejo invitó a Anita a quedarse a dormir en su casa. Esa noche, Alejo apoyó su mano en la panza de Anita y le dijo lo feliz que era. A la mañana siguiente, ni bien terminaron de desayunar, Alejo le pidió a Anita que la acompañara. No le dijo a dónde irían.

Llegaron a un consultorio pero quien los recibió no era el mismo médico al que Anita había consultado. Era otro. Se sentaron y el médico comenzó a sacar unos elementos, mientras la explicaba para qué eran y qué iba a hacer con ellos. Anita no entendía. Miró a Alejo con lágrimas, con los ojos le pedía una explicación. “Es lo mejor, Anita. Quizá ahora no lo entiendas, pero somos jóvenes; estamos estudiando. No vamos a poder si tenemos a este bebé ahora. Entendelo: es lo mejor para

nosotros”, le dijo con tono calmo y casi sin expresión. Anita no supo qué hacer, pero hizo caso.

Anita quedó con culpa. “Yo fui una tonta. Debí haberme levantado oirme de ahí. Cuando lo hablé con Alejo, le dije que hubiese preferido suicidarme eirme con mi bebé”, confesó años después.

Pese a esto, la relación entre Anita y Alejo continuó. A él le quedaba muy poco para finalizar sus estudios. Ya había terminado la cursada y podía dedicarse más tiempo a su trabajo. El tiempo desgastó a la pareja y las cosas ya no funcionaban bien. Alejo empezó a 'frecuentar' a una compañera de trabajo y, de a poco, fue dejando de lado a Anita. Cada vez había menos tiempo para ella.

“No sé qué hacer. Sé que él ya no me quiere aunque yo lo siga queriendo, a pesar de sus defectos y de su mal humor. Él es muy ambicioso y dice que siempre me conformo con poco”, le comentó a una amiga, mientras se contenía las lágrimas para no llorar. “Bueno, dejalo y que se joda”, le aconsejó su amiga.

“No sé qué hacer. Estoy embarazada otra vez y no quiero tener este bebé para que él crea que tiene que estar conmigo. Así no quiero. Quiero que él esté conmigo porque realmente quiera que así sea. No por un bebé. Va a ser un problema. Alejo nos va a odiar por el resto de su vida”, le contó angustiada, mientras bajaba la cabeza y lloraba. “¿Y qué pensás hacer entonces?” le preguntó su amiga, con miedo y ansia. “Ya sé lo que voy a hacer. Le voy a pedir plata y me lo voy a quitar. Si se la pido y le digo para qué es, me la va a dar. Ya lo hizo una vez”, recordó.

Anita le contó todo a Alejo y él solo la miró fríamente. No le dijo nada; solo le dio la plata que ella le pidió. No volvieron a verse más.

## Catalina

Catalina estaba en pareja con Lalo. Convivían en un departamento minúsculo que alquilaban en un barrio del sur de la ciudad; prácticamente no tenían comodidades; apenas agua caliente en el baño. Lalo siempre la presentaba como “mi señora”, aunque en realidad no se habían casado. Él era albañil y ella se dedicaba a la casa. Tenían dos hijos, Pancho, de cinco años, e Isabella, de dos.

Lalo era muy trabajador, pero cuando se juntaba con sus hermanos las cosas cambiaban. Cuando se reunían, cada uno llevaba 'a su mujer' y sus hijos y casi de la nada se armaba algo así como una fiesta. Ponían música a todo volumen; ellos preparaban el asado; ellas hacían las ensaladas y los chicos jugaban. La tarde pasaba entre mates, para ellas, y botellas de cerveza, entre ellos. Volvían a su casa casi de milagro; alguno de sus hermanos los acercaba en el auto o tenían una travesía en colectivo.

Los fines de semana, después de la juntada familiar, cuando volvían a la casa, Lalo se ponía cargoso. Agarraba a Catalina y comenzaba a besarla y tocarla. “No quiero, Lalo”, le decía ella, con tono de ruego para que la dejara ir. “Dale, no te hagas la arisca. Es un ratito. Abrís las piernas y listo”, le decía él, imponiendo su voluntad.

No era que Catalina cedía, sino que se la aguantaba, que se resignaba.

No siempre alcanzaba para comprar pastillas anticonceptivas. Lalo no quería usar preservativo porque no le gustaba. La idea del DIU no la convencía; en realidad, no sabía mucho de eso.

Catalina no se sentía bien y sabía lo que esas náuseas matinales querían decir. “Otra vez embarazada. Lalo me va a matar”. Lalo le había dicho que no quería más chicos, porque así no podían progresar. Catalina no

sabía qué hacer. Una tarde, mientras tomaba mate con una vecina, le dijo que estaba embarazada de nuevo. “¿Qué vas a hacer? ¿Lalo sabe? ¿Va a querer tener otro hijo?”, le preguntó, como chusma que todo lo indaga.

Catalina se quedó en silencio. “Mirá, me contaron de una chica que es muy buena para estas cosas. No te va poner una aguja de tejer o un tallo de perejil, como hacen otros, los curanderos, así que quedate tranquila. Ella sabe lo que hace. Te cobra un poco caro pero es una garantía”, con esas palabras 'promocionó' a la 'profesional'.

Catalina sacó plata de unos ahorros que Lalo tenía escondidos –era probable que él no supiera que ella los había encontrado-. “No se va a dar cuenta. Cualquier cosa, le digo que él lo gastó la última vez que se juntó con los hermanos y pagó, haciéndose el generoso, el cajón de cerveza”, pensó. Dejó a sus hijos con su hermana. Les dio un beso y los abrazó. “Ya vuelvo, tengo que hacer una cosita”, les explicó.

Su vecina la acompañó. “Tranquila. Ya va a pasar. No tengas miedo”, la animaba.

A pocos los días, Lalo se levantó asustado. Catalina volaba en fiebre; corrió la sábana. Estaba todo manchado con sangre. No entendía nada. Se agarraba la cabeza. Pidió ayuda a unos vecinos y la llevaron a un hospital. Su cuñada cuidó a los chicos.

Esperó en el pasillo, más molesto que preocupado. “Yo acá por ésta... me tengo que ir a trabajar”, se decía a sí mismo. Salió un médico. Lalo miró al profesional, pidiendo una explicación. El médico casi no tenía ninguna expresión en la cara. “Su esposa se practicó un aborto. No sé si lo sabía. Se le hizo una infección. No pudimos hacer nada para salvarla. Murió”.

Entre familiares, amigos y vecinos pagaron el sepelio de Catalina. Lalo no entendía cómo pudo morir; no sabía que estaba embarazada. “No entiendo qué pasó. No sé cómo se pudo quedar embarazada”, dijo mientras lloraba.

A la historia me la contó la vecina.

## **Einer a los 15**

Hoy critican que señalamos la violencia y nos dicen: “Ahora todo es violencia”. Y no es que ahora todo lo es y antes no. Antes no sabíamos, antes nos callábamos, antes no nos animábamos a decirlo. Y hoy, el saber qué es violencia, nos permite crecer, avanzar, analizar y, poco a poco, entender y cambiar.

Cuando lees y aprendes cuáles son los distintos tipos de violencia, primero pensás que nada de eso te pasó, porque creemos que solo un moretón es violencia, o una cachetada o un insulto, hasta que recordás y te das cuenta que estuviste rodeada de abusos, violaciones, agresiones, solo que no los podías definir, no los podías ver. Así que un día me puse a pensar sobre mis novios y los padres de mis hijos. Y recordé a Einer.

Einer fue mi primer novio. Yo tenía 15 años. Einer era el lindo, fuerte, del que todas gustaban en la escuela. Einer fue el primero en fumar. Por Einer todas suspirábamos y me había elegido a mí.

Yo era la hija más chica de padres separados, que vivían en la misma casa porque mamá no tenía dónde llevarnos.

Mi hermana mayor tenía 19 y mi sobrina 4 años. Mi mamá no me dejaba salir los fines de semana, papá sí. Quizás lo normal sería al revés pero a papá no le importábamos mucho. Así que sábado de por medio salía. Mi noviecito los fines de semana se besaba con otras chicas cuando yo no salía, porque según él “su necesidad varonil así se lo pedía”. Yo, angustiada, le consulté una vez a mis amigas qué hacer y me dijeron que ya era momento de tener relaciones con él para tenerlo contento y evitar que se vaya con otras. Yo tenía miedo, mi hermana mayor había sido madre más o menos a mi edad.

Un sábado papá no me dejó salir, así que pasaron tres fines de semana sin ver a Einer. Y, por lo tanto, tres fines de semana que otras lo besaban. Yo lloraba por culpa de su instinto varonil (si es que eso existe), porque lo hacía hacerme daño, lo hacía buscar en otro lado aquello que yo me negaba a darle. Después de mucho llorar, decidí “no perderlo” y tener relaciones con él. Le conté a mis amigas, quienes tenían más

experiencias, y ellas me aconsejaron: que no termine dentro mío, cómo debía moverme y que no lo hagamos los días de luna llena porque ese día seguro quedaba embarazada.

Al siguiente sábado nos encontramos en el baile y nos fuimos juntos. Ya me habían dicho que la primera vez era fea y dolorosa, pero que a los hombres eso les gustaba. Y sí, fue fea, dolorosa y en un descampado. Pero parece que a él sí le gustó, porque ahí nomás tuve mi segunda relación: “Te movés bien, ¡eh!” me repetía a cada rato. “No sé qué tan virgen sos, che”, gritaba.

No, no me gustó y no me sentí bien. Pero según había entendido eso era lo normal. Así fue que cada sábado de por medio, para evitar que se vaya con otra, íbamos a ese descampado. Cada sábado de por medio, gritaba cosas que no me gustaban. Le pedía que baje la voz y él gritaba más. A veces escuchaba las risas y balbuceos de los que se sentaban a mirar cómo las parejas iban a ese descampado a demostrarse cariño. Sí, así me decía él: “Vamos a que me demuestres cariño” y me guiaba al descampado.

Nunca la pase bien, jamás. Y sentía que no quería eso, pero iba para no perderlo. Una noche, un sábado de otoño mirando el cielo mientras él me penetraba, las nubes se corrieron y vi la luna llena. Me asusté, le pedí que parara y él no quería, empecé a gritar y él no me hacía caso. Le supliqué porque no quería ser mamá, yo quería estudiar, y él me gritó: “Vos elegiste venir acá, ahora te quedás.” Y me quedé. Triste me quedé. No quería estar ahí, nunca había querido estar ahí pero, como él decía “yo había elegido estar ahí”.

Así pasaron las semanas y los meses. Él egresó del bachiller y se fue al campo a trabajar con sus hermanos y no lo vi más. Hoy sé que jamás elegí estar ahí pero tampoco sabía que podía elegir no estarlo. No las culpo a mis amigas, ellas también creían que a los hombres “hay que mantenerlos contentos”, saciar su “instinto varonil”, para evitar que se vaya con otra que sí le va a dar lo que ellos necesitan. No sabía “hacerme respetar” porque no sabía que eso existía.

Hoy tengo 2 hijos de dos hombres distintos. Aprendí a decir no y a cuidarme con mi tercera pareja. En el interior, la información llega más tarde. Espero criar a mis hijos como hombres de bien, que sepan que las mujeres no somos cosas y que el instinto varonil no existe.

Esta es mi primera historia de violencia hacia mí. Pero tengo más y eso, aunque aún me duele, también me fortalece.



## **Mi infierno**

*Ojalá esto nunca hubiese pasado, ojalá hubiese nacido en otro lugar, ojalá alguien hubiese podido protegerme.*

Así comenzó mi infierno. Tenía 10 u 11 años cuando el papá de una amiguita me mostró su pene. Fue una noche que me quedé a dormir en su casa. Este hombre, policía de 40 años aproximadamente, pedía hacerme upa, y yo con rechazo lo esquivaba o le sonreía por compromiso o temor, lo único que pretendía era poder evitar la situación y que me dejara en paz. Sentía terror.

Lamento agregar que un poco antes comenzó mi tristeza. Un amigo de la familia, Pablo, había ganado la confianza de mi familia, hasta el punto de tener una copia de la llave para entrar y salir cuando quisiera. Mientras escribo, siento escalofríos e incomodidad, no quiero recordar, no quiero pasar por eso de nuevo.

Pablo empezó haciéndome creer que me quería como su propia hija, y qué iba a saber yo, si imagen paterna nunca tuve.

Me perseguía, elegía mis amistades, me obligaba a dormir con él y me buscaba del colegio. Viví así desde mis 10 años hasta mis 14, que fue cuando mi mamá volvió a casarse y Pablo desapareció.

A mis 12, bajo la “vigilancia” de Pablo, y de todo lo de él que no quiero recordar, mi propia sangre: mi hermano Joel comenzó a hacer lo mismo. Fueron noches enteras sin dormir, semanas. Aparecía cuando yo dormía y comenzaba a tocarme, a observarme y ultrajarme.

Trababa la puerta de mi cuarto con muebles, a veces con la misma cama y, a la madrugada, me encontraba con todo corrido y la puerta abierta. Él tenía 15 años y fue hasta sus 17. Me daba tanto miedo y dolor fingir, ocultar, callar. Años después se fue a vivir a Ushuaia. Yo, con la necesidad de denunciarlo, pude contactar a la novia pero le creyó a él.

Hoy decido exponer mis pesadillas para que no vuelvan a corromper a ninguna niña ni ninguna otra mujer. Ojalá la vida los encuentre con ese mismo terror por el que me hicieron pasar. Ojalá yo pueda encontrar la paz que ellos me arrebataron. Hoy a mis 22 años, digo: no me callo más.

## **No me dejen sola**

Cuando egresé del polimodal, fui a estudiar a Tucumán. Mi mamá me rogó que me cuide, que tenga ojo, que le salía caro que estudie allá, que era un gran esfuerzo que hacía, obvio mi padre no ponía ni un peso, no se hacía cargo de nada desde el día que mamá lo echó.

Fui a estudiar abogacía. Iba a ser la abogada que defendería a las mujeres de esos hombres que no cumplen con sus hijos. Llegué con 18 y me volví a los 21, con una hija a cuestas y escapando de un marido que me tenía encerrada en el departamento. ¿Cómo llegué a eso? ¿Cuándo dejé de lado mis sueños? ¿Cómo pasó todo? Aún hoy culpo al alcohol, pero fue culpa de Aquilino.

Cuando llegué a Tucumán, estaba de novia y fui infiel. Mi novio me dejó y se puso de novio con una amiga mía, quien fue la que contó de mis andanzas en “La Metro” con Aquilino. Así que, enojada, me puse de novia con el tercero en discordia. Debo admitir que seguía viéndome con mi novio de toda la vida. No era una santa, pero tampoco creo que me merezca lo que me pasó.

Elecciones octubre 2005 fui a Santa María a votar. Bah, fui porque te llevaba y te traía gratis la municipalidad, así que aproveché. No dejé de vomitar en todo el viaje, en la estadía y a la vuelta. Raro, años viajando, conocía el cerro como mi mano, pero vomité. Y los vómitos no paraban. Una de mis amigas, la que me ponía en regla, o al menos intentaba, me dijo: Vos estás embarazada. Me senté a pensar cuándo fue la última vez que había menstruado y me hice el test. Súper embarazada. A mi ex no lo veía hacía dos meses, no era de él aunque yo quisiese. Era de Aquilino, el tercero en discordia.

Cuando le conté, los padres decidieron que nos casemos. El 20 de diciembre fue la boda. Misa, civil, fiesta, cotillón, torta. Mamá no quería y mis amigas me decían que ellas me ayudaban a escapar. Pero dije sí.

Engordé 54 kilos. Sí, no estaba muy contenta. Los bajé a los dos meses de que nació mi hija. Ella nació en mayo. Era igual a él. Un amigo dijo:

“Agradecé que se parece al tipo con el que te casaste”. Él escuchó y mi infierno se profundizó. No me dejaba salir, no me dejaba ver a mis amigas, no me dejaba comer si no estaba él y siempre me reprochaba que “le había cagado la vida” embarazándome. Nunca me golpeó pero sí rompía cosas. Me decía que me odiaba a mí y a mi hija. La despertaba con sus gritos y cuando no, rompía los platos porque no le gustaba lo que le cocinaba.

Todo el mundo me preguntaba si estaba bien (creo que se daban cuenta) y yo decía que sí. Al fin y al cabo, yo le había sido infiel y quizás era del otro. Sentía culpa.

Los fines de semana desaparecía y quedábamos en el departamento encerradas las dos solitas. Ella esos días no lloraba. Parece que entendía.

En diciembre, me fueron a buscar mis hermanos para que pasemos navidad en casa todos juntos. Yo armé la valija más grande de todas. Mi hermano no entendía nada pero mamá sí, sin que yo diga nada. Agarré todo lo de la bebé y me fui. Y no volví más.

Hoy ella no tiene relación con la familia de su papá. La tuvo al principio pero, cuando nació otra nieta, mi nena dejó de existir para ellos. Era una criatura de un pueblo perdido de Catamarca. No les importaba. Recién cuando salió la nueva Ley de Divorcio, pude separarme del todo, porque con la anterior él no quería firmar: “Me jodiste, te jodo” me mandaba a decir.

¿Ustedes dirán que aprendí? No. Después de un par de años, me emparejé con alguien más grande que yo, el cual amaba, o decía amar, a mi hija. Nos fuimos a vivir juntos y éramos felices. Decidimos ser padres y tuvimos un hermoso bebé. Sólo que, en el séptimo mes, me enteré que me era infiel con la secretaria del padre de una amiga de una amiga. Ese hombre que sentía que “me había salvado” estaba con otra mientras yo hacía reposo. Seguí, ¿qué iba a hacer? Sólo que lo dejé de amar. Y se dio cuenta. Y empezamos a pelear, a gritarnos, a romper los floreros. Después nos pedíamos perdón. Éramos felices hasta que recordábamos que él me había sido infiel y que yo no lo amaba como antes. Y así durante un tiempo de idas y venidas hasta que, nuevamente,

hice un bolso enorme, agarré las cosas de mis hijos y me fui a lo de mi mamá otra vez.

Un día se enteró que estaba saliendo con otra persona, sí, lo superé rápido ¿y qué?, se enojó tanto que cayó al departamentito que alquilaba y rompió todo, hasta la tele que le había comprado a su hijo esa navidad. Me agarró, me llevó hasta el balcón, me tomó del cuello y me hizo creer que me tiraría, o se arrepintió, no lo sé. Se fue y quedé sola. Fui a la policía a denunciarlo. Como era domingo, no me tomaron la denuncia. Les conté a mis amigas y una de ellas me llevó a la policía de vuelta e hizo un quilombo hasta que me tomaron declaración. Ella sabía de mis derechos, yo no, porque jamás volví a estudiar.

La denuncia no prosperó porque decidí no seguirla, estaba cansada.

Hace dos años conocí a otro chico. Más joven que yo. Bueno, amoroso. De Catamarca capital. Vino a vivir acá, porque lo trasladaron del banco. Nos llevaba a mi nena y a mí en su camioneta a Tucumán, una vez al mes, por la ortodoncia de ella.

Un día se enojó conmigo y nos dejó en la ruta, de noche. Llamé a una conocida, que sabía que no contaría, para que nos busque. No quería ni quiero hablar de esto con mis amigas. Sigo con él, aún no me animo a dejarlo. Ya pediré ayuda cuando esté lista. Aún no lo estoy, solo les pido que no me dejen sola, ya somos cuatro. Sí, tengo un hijo con él.

## No era una mala noticia para mí

Tenía 16 años. Vivía con mi familia, en un pueblo del interior de Catamarca. Yo era la mayor y tenía dos hermanitos varones. Mi papá decía que yo era su princesa. Un día me puse de novia. Estaba muy enamorada de él. Lo amaba. Sentía que él era todo para mí y que él sentía lo mismo por mí.

Decidí que él sea “el primer hombre en mi vida”. No fue una calentura. En verdad, lo amaba y quería “demostrárselo”. Lo hicimos una noche y lo volvimos a hacer a los pocos días. No pensé en riesgos o en consecuencias. Creía que, si había amor, nada malo podía suceder. Mi mamá nunca me dijo nada de cómo debía cuidarme y en la escuela tampoco nos hablaban sobre estos temas.

Lo hacíamos cada vez que podíamos; cada vez que tenía permiso para salir a bailar. Una vez no fui a la escuela. Me sentía feliz y se me inflaba el pecho de la alegría que sentía. Un mes no me vino, pero no pensé en nada. Al segundo mes, tampoco me vino, pero no me daba cuenta.

Mi mamá se encerró conmigo en mi habitación y me preguntó si tenía novio o si me veía con alguien. Le dije que estaba de novia con un chico. Mi mamá comenzó a desesperarse. Me agarró por los hombros y puso una cara que, hasta el día de hoy, no me olvido. Era una mezcla de horror con ira. “¿Ya lo hicieron, verdad?”, me preguntó con miedo y rabia. “Sí...”, le respondí con ingenuidad.

Mi mamá me soltó y se agarró la cabeza. Comenzó a llorar en silencio y con desesperación. Yo no entendía nada. Con total ingenuidad, le pregunté qué le pasaba. “¿No te das cuenta?!”, me preguntó como si gritara en voz baja, con la boca entreabierta y apretando los dientes. “¿Te acostaste con ese chico, no te viene y ahora estás embarazada! ¿Te parece poco lo que está pasando?”, me dijo, en medio de un mar de lágrimas y rabia.

Yo me quedé sin palabras, pero apenas se me dibujaba una sonrisa en la cara. No era una mala noticia para mí. Era algo lindo. Estaba esperando un bebé de la persona que más amaba en el mundo. Mi mamá no lo

aguantó. No pudo resistirlo. Lo llamó a mi papá y le dijo que teníamos que hablar los tres.

Esa noche, cuando mis hermanos se durmieron, mi mamá nos sentó en la mesa, a mi papá y a mí. “Está embarazada. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo lo solucionamos?”, preguntaba mi mamá, sin ninguna expresión en la cara, con una voz neutra. Mi papá se levantó en silencio. También tenía la mirada desencajada. Yo estaba sentada, con miedo y la mirada baja. Mi papá se acercó a mí; me miró y yo levanté la vista. Me dio una cachetada y casi me caí de la silla. Comenzó a insultarme.

Jamás me voy a olvidar todo lo que me dijo y lo mal que se sintió por esa noticia. Me sentí culpable. Él quería que yo estudiara y sea una abogada o una médica importante. “¡No te eduqué para eso!”, recuerdo me gritó.

Lloré en silencio y me prohibió decir una palabra. Me levanté y me fui a mi habitación. No podía dormirme. Daba vueltas por la habitación; me sentaba en la cama y volvía a caminar.

Después de un rato largo, mi mamá entró en silencio. “Tu papá está muy mal. No se esperaba una cosa así de vos. Se puede enfermar y va a ser por tu culpa. Así que fijate bien cómo vas a arreglar esta cagada que te mandaste”, me advirtió.

Esa noche no dormí. Al otro día, no fui a la escuela. Tampoco busqué a mi novio para contarle lo que estaba sucediendo. Busqué a una mujer, que en mi pueblo, era conocida como una curandera. Me miró y sin que le dijera una palabra, se dio cuenta lo que estaba pasando. Me dijo que no me iba a cobrar mucho, pero sí que estuviera segura de lo que iba a hacer. Había guardado algo de plata para ayudar a mi papá a pagarme el viaje de egresados.

No sé lo que me hizo esta mujer. Sólo sé que me acosté en una mesa que parecía una camilla y que abrí las piernas.

Después, ya no me acuerdo o no me quiero acordar. Sólo sé que lo hice porque tenía que remendar un error, pero no sé cuál fue. A mi novio no le dije nada y lo dejé. Él no entendió nada. Luego de mi decisión, mi papá volvió a hablarme.

Pasaron casi 20 años. No pude formar una pareja. Si bien tengo independencia económica, vivo pendiente de mis padres. Los cuido y los acompaño en todo momento.

Sobre la decisión que tomé, hoy me doy cuenta de que asumí riesgos y que soy una sobreviviente. Hoy pido Educación Sexual para decidir; anticonceptivos para no abortar y aborto legal para no morir.

## **Yo también aborté**

Mi deseo de revivir y contar lo que me pasó surgió el día que escuché el Ciclo de Relatos y Música organizado por “Las Eulalias”. Esa noche, escuché a muchas mujeres contar cómo vivieron lo mismo que yo. También, había otras mujeres que, sin pasar por aquello, sólo acompañaban y visibilizaban lo que tantos esconden.

Me sentí sola y mientras regresaba a mi casa, no pude dejar de llorar. Tuve que estacionar el auto a una orilla de la calle. Quería gritar. Los recuerdos volvieron. Y, con aquellas lágrimas, una parte de mi historia que estaba bloqueada.

Necesitaba ayuda para recordar y, después de 23 años, le mandé un mensaje a mi ex. Le pedí que me ayudara a hacerlo. Jamás habíamos vuelto a hablar sobre esto. Jamás lo hablé con nadie.

“No me vino”, así empezó todo. “Vamos a un ginecólogo y le preguntás qué hacer”, me dijo en aquel momento.

Fui al sanatorio sola, y me hicieron una ecografía que aún guardo. El médico me confirmó que estaba embarazada. Le dije que no lo quería, le pregunté qué podía hacer.

“No podés hacer nada”, me respondió e hizo que me sacara la ropa para “ver” mis pechos.

No entendía nada. No sabía si estaba bien lo que me pedía, pero él era el profesional. Me acarició. Me manoseó, el hijo de puta, lo sentí, porque eso se siente, sabía que estaba mal.

Después, repitió: -No podemos hacer nada-. Salí llorando y fui a buscar a mi novio. Hasta ahí, lo recuerdo bien. Después, empecé a bloquear momentos.

La charla por teléfono con mi ex siguió:

-Recuerdo que cuando aborté nos pidieron cosas. Teníamos que comprarlas en farmacias distintas, para que no se dieran cuenta, una sonda en un lugar, antibióticos, algodón en otro y juro que no recuerdo más- le dije. Fui así de directa, la angustia me ayudó a decirlo.

En una de las farmacias, la empleada me preguntó “¿Para qué querés esto?” -No sé, sólo me mandaron a comprarlo- pude responder.

La conversación con mi ex siguió, yo quería saber quién nos había mandado a ese lugar, pero él no lo recordaba.

El lugar era por calle Mate de Luna, pasando Alem, una cuadra. A veces paso por ese lugar, y aún me duele.

Mi novio estacionó su auto muchos metros más adelante, ese día. Pero cuando llegamos a la casa, no lo dejaron entrar. Aunque intento, no puedo recordar la cara de hombre que me atendió.

Sin explicar nada, me pidió que me recostara en una cama de dos plazas. No sé qué metió dentro de mi vagina. Luego se lavó las manos y me dijo que me fuera, que tratara de levantar cosas pesadas, correr muebles o caminar.

Caminamos con mi novio, teníamos que ayudar a 'sacarlo' de mí. Caminamos por ahí, sin que nadie se diera cuenta, había que disimular. Nadie podía saber... Tampoco tenía a quién recurrir.

Ese día moví los muebles de mi dormitorio, cambié de lugar las cosas y traté de levantar algo pesado. Ante mi familia disimulaba, pero tenía algo dentro y estaba muy incómoda.

Tenía sólo 18 años. Aún hoy me pregunto qué hubiese pasado si tenía a quien recurrir, si no hubiera sentido miedo de ser juzgada.

Al día siguiente, no podía más del dolor. Perdía mucha sangre, tenía que cambiarme a cada rato. Estaba en casa de mi novio y una vecina me ayudó porque yo me desvanecía. Tenía fuertes dolores. Ahora tengo un hijo de 15 años, sé que esos dolores eran contracciones. Seguía

perdiendo sangre y me sentía muy sola, él tenía que ir a la facultad, mientras yo abortaba.

Todo se empezó a complicar. Él me llevo de nuevo a ese lugar. Me hicieron entrar al baño; un baño asqueroso, sucio, no tenía puerta, solo un nylon negro.

“Oriná”, me dijo el hombre. Yo no podía y él me repitió; “Oriná, tratá de expulsar algo, hace fuerza como para hacer la caca”.

Salió algo y él metió su mano en el inodoro, sin guantes como si nada pasará. Lo que sacó fue un coágulo como los tantos que venía expulsando. Lo tocó como si tocará una maza, desarmándolo en sus manos. “Ya está”, me dijo.

Ahora tenía que irme, tomar los antibióticos y no volver más por ese lugar. Tampoco quería volver. Pero seguía perdiendo mucha sangre y los dolores eran insoportables.

Veintitrés años después y por esa llamada, mi ex novio me comentó que había llamado a un médico, que lo había hablado antes pero cobraba mucho dinero, algo así como ochenta mil pesos de ahora.

-“Cucharita” le decían, ¿te acordás?- me dijo.

-Jamás me contaste que habías hablado a un médico- fue mi única respuesta, mientras pensaba en que ese número era el precio de mi vida. Nuevamente me sentí sola.

Después me dijo que me había llevado al hospital, pero una enfermera le advirtió que “estaba abortando”, que había que “sacarme de ahí porque la policía va a preguntar”. Como mis dolores seguían, volvió a llamar al 'médico de los 80 mil'.

El médico fue muy directo: -Cuando nos reunamos con tu mamá, decís que moviste los muebles, y que hiciste mucha fuerza, para que ella no se dé cuenta-.

Cuando fuimos con mi mamá, el doctor exclamó ante ella “Si está vivo, voy a intentar salvarlo”.

Unos días antes, si hubiésemos pagado el dinero que pedía, no le importaba salvar nada.

Después de 23 años, lo entendí. Me hicieron un legrado. Ya era tarde para salvarlo.

Mi papá jamás fue a verme, él jamás habló del tema, en mi familia tampoco se habló. Jamás lo pude hablar con nadie. La culpa me hizo pelota. Lloré sola mil veces. También escribí muchas cartas para el día del niño, a ese bebé que jamás tuve; hasta que un día dejé de hacerlo. Pedía perdón. Pedía perdón porque no quería tenerlo, pedía perdón porque tendría que haber peleado por él. La culpa te destruye lentamente.

Sé que podría haber muerto si no hacían esa intervención a tiempo. Hoy estoy a favor de esta ley, porque yo también aborté y sobreviví a la clandestinidad.



# INDICE

|                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| Dana .....                            | 11 |
| Cecilia .....                         | 14 |
| Andrea .....                          | 17 |
| Es tu culpa .....                     | 19 |
| Marlé .....                           | 21 |
| Laura .....                           | 24 |
| Anís y Azafrán .....                  | 27 |
| Yo, la peor de todas .....            | 29 |
| A los 16 .....                        | 30 |
| Acá no pasó nada .....                | 33 |
| Anita .....                           | 36 |
| Catalina .....                        | 38 |
| Einer a los 15 .....                  | 40 |
| Mi infierno .....                     | 44 |
| No me dejen sola .....                | 45 |
| No era una mala noticia para mí ..... | 48 |
| Yo también aborté .....               | 51 |

Doloroso pero necesario. Lo que no se dice mata, a veces, metafóricamente y otras literal. Este libro reúne los relatos de mujeres sobrevivientes a la violencia de género y a abortos inseguros, que hoy pueden contarlos, dejando así testimonio para que otras sepamos que no estamos solas y que somos muchas las que atravesamos lo mismo. Quizá, si todas y cada una de las mujeres del mundo que sufrieron violencia de género o que atravesaron un aborto lo contaran, la sociedad entendería por fin, ante tamaña evidencia, por qué pedimos Educación Sexual Integral y Aborto legal, seguro y gratuito.

Itatí Carrique  
Periodista  
Salta

“Putá, calentona, prostituta”. “Pensé que te cuidabas”. “Me llevó a un descampado”. “Más vale que no se queden embarazadas”. “Sentí culpa, vergüenza”. “Lo hice porque tenía que reparar un error, pero no sé cuál fue”. “De lo que pasó jamás se habló”. Imposible no sentirse interpelada por las voces que resuenan en este libro. Reconocemos en ellas una femineidad sometida, juzgada, y siempre culpable. Son relatos de hoy, aunque que podrían ser de hace un siglo o dos. Si hay algo que queda claro en este poderoso proyecto colectivo es que la historia de las violencias contra las mujeres sigue contándose en presente. Conmueve en su búsqueda por dar voz para reparar y hacer visible que cada historia no es la de una sino la de todas.

Sonia Santoro.  
Periodista  
Buenos Aires



Realizado por:

*Eulalias*

COMUNICADORAS FEMINISTAS CATAMARQUEÑAS